

La ciencia y los problemas históricos de España

Antonio Fernández-Rañada

(Diario La razón, sección La Primera, 12 mayo 1999, p. 5)

La cultura española tiene una tradición brillante en artes y letras, pero su contribución a la historia de la ciencia es escasa. Esto es bien sabido. Pero no se suelen entender sus consecuencias. Se dice a menudo que no hay nada malo en ello, porque es así nuestra singularidad histórica. Esta opinión se basa en la pereza mental y está profundamente equivocada.

La cosa no preocupa a una mayoría de nuestros dirigentes intelectuales, políticos o económicos. Para unos porque no es asunto apremiante, sino algo resoluble con buenas normas de gobierno que ya se tomarán en su día cuando sea necesario. Otros se cuidan menos aún argumentando que España debe ser un país de servicios, para lo que no necesitamos de científicos ni tecnólogos. Parece importarles un bledo que renunciar a la creación tecnológica signifique relegarnos nosotros mismos a una posición secundaria en la que no podremos pisar fuerte ante las demás naciones.

Este desinterés se debe quizás a la clara percepción social lo que solemos llamar “problemas históricos de España” que esos sí que eran serios y graves. En comparación, el de la ciencia parece palidecer y quedarse pequeño y sus consecuencias no tan malas. Al fin y al cabo, hemos arreglado cuentas con nuestro pasado con la llegada de la democracia. O casi. ¿Por qué pensar pues en ello?

Porque casi no es todo. Para valorar la gravedad de nuestra falta de tradición científica, conviene saber exactamente cuáles son esos males históricos. Resumiendo lo que dicen los historiadores y limitándonos a los últimos dos siglos, podemos hablar de cinco grandes cuestiones (recuerdo una conferencia sobre ello de Francisco Bobillo en El Escorial). Primero está la cuestión social, o sea las grandes diferencias de riqueza y la miseria y analfabetismo en que vivía una parte mayoritaria de la población. Segundo, la forma del estado, saber qué era mejor, si monarquía o república. Tercero y cuarto, los papeles de la Iglesia y del Ejército, es decir la confesionalidad del estado y la sumisión de la autoridad militar al poder civil. Y quinto la cuestión regional, lo que hoy llamamos la articulación del estado.

Los españoles se mataban por esas cinco cuestiones cuyas consecuencias sociales, políticas y económicas fueron enormes. Baste recordar que España tenía, con mucha diferencia, las tasas más altas de mortalidad y de analfabetismo de lo que hoy es la Unión Europea. Los españoles eran menos cultos, más pobres y su vida era más corta. Por fortuna, las cuatro primeras están básicamente resueltas, aunque queden por desgracia bolsas de pobreza y marginación a escala mucho menor. La quinta no lo está aún porque algunos se resisten a aceptar el pacto suscrito en 1978 sobre la Constitución.

Si los cinco problemas anteriores eran estridentes, el de la ciencia fue siempre casi callado, todo lo más rumoroso o susurrante. Nadie se peleaba por fundar un laboratorio o por la creación de una cátedra de química. Ni siquiera se gritaba. Se explica así el espejismo de que parezca a muchos cuestión menor

Sin embargo, creo que debemos considerar a esta cuestión como un verdadero problema histórico de España. Esta opinión puede parecer exagerada, pero no lo es. La penuria científica opera mediante dos mecanismos, uno actuando sobre las cosas y el otro sobre las ideas. El primero consiste en un efecto sobre el mundo de la industria y la economía que hace menos competitivo a un país. Mientras en la Europa del XIX se dio una fuerte expansión económica, España vivió una gran postración que agravó aún más el problema social y contribuyó a enconar la cuestión regional. Pensemos en Francia, donde el prestigio del estado como generador de riqueza y bienestar suavizó las tensiones centrífugas de algunas regiones. El segundo mecanismo inhibe el pensamiento

crítico y frena la asimilación de las nuevas ideas, porque la ciencia ayuda a pensar. Se estorbó así la formación de minorías dirigentes que fueran capaces de mantener vivo el proyecto de la Ilustración.

Hay quien torcerá el gesto al leer estas líneas pensando que exagero. Además, ¿por qué escarbar en ese pasado? Pues porque no es pasado del todo, aún perviven sus flecos. España sigue a rastras de los países más avanzados en creación de tecnología, empleamos en ello casi la tercera parte de personas por millón de habitantes y gastamos casi la tercera parte de nuestra riqueza en I+D que ellos. Se explica así mucho o casi todo de nuestro alto índice de paro, pues el empleo se crea en donde se genera tecnología, y se destruye donde no se genera. Por eso dice el canciller alemán Gerhard Schröder en la revista Science de 16 de abril, al anunciar que se propone incrementar su gasto en I+D: “Estoy convencido que una posición avanzada en altas tecnologías es esencial para la competitividad internacional y para tener empleo seguro a largo plazo”.

Nosotros, en cambio, estamos haciendo algo sorprendente. Tras veinte o treinta años de muchos esfuerzos y dinero, hemos conseguido tener la generación de investigadores jóvenes más brillante de nuestra historia. Y justo al lograrlo, la estamos abandonando sin usarla por no ofrecerle suficientes oportunidades.

Nuestro problema con la ciencia tiene algo en común con la quinta cuestión, a pesar de ser muy distintos: hemos avanzado mucho para resolverlo, pero sigue abierto todavía. Sus consecuencias pueden ser serias. Hay que ocuparse de él. Pronto.